

El proceso histórico de las primitivas poblaciones peninsulares. II.

Por J. MALUQUER DE MOTES.

Dos factores decisivos contribuyen a modelar el panorama cultural y étnico que nos ofrece la Península Ibérica en el primer milenio antes del cambio de Era. Por un lado, la reiteración e incremento del contacto con el Mediterráneo oriental mediante las colonizaciones de púnicos y helenos. Por otra, la gravitación de las poblaciones continentales europeas hacia el sudoeste, movimiento que, más por comodidad que por convicción, viene designándose con el nombre de invasiones indoeuropeas o invasiones célticas.

La sincronicidad de ambos movimientos sugiere la posibilidad de que sean debidos a causas económicas muy semejantes, y que bien pudiera tratarse en definitiva de la gran atracción de los ricos centros mineros del oro y estaño occidentales. En todo caso las causas generales de dichos movimientos no nos interesan aquí.

De hecho, la proyección púnica y griega hacia el extremo occidente es el desarrollo final de un proceso que se inicia en el segundo milenio y del cual obtenemos datos históricos sólo a partir de un momento avanzado, sin que tengamos la seguridad de que los hechos probados constituyan los contactos iniciales. Del mismo modo, cuando la densidad de hallazgos arqueológicos nos permite individualizar una penetración europea en suelo hispano, no podemos considerarla más que como una nueva etapa, o si se quiere una reiteración de unos contactos que habíamos hallado singularmente potentes en el

marco oriental de la cultura pirenaica durante el segundo milenio.

Ambos movimientos —el colonial y el de las invasiones—, se desarrollan sobre una Península que posee un marco cultural y humano que es preciso no olvidar. Las colonizaciones actúan en zonas de gran densidad humana. Las invasiones, por el contrario, se ejercen sobre territorios amplios de débil población (valle del Ebro y Meseta central). Ello es necesario tenerlo bien en cuenta para interpretar debidamente el mosaico peninsular que hallaran los romanos cuando se disponen a incorporar nuestro territorio a sus dominios.

La influencia de la acción colonial en el mediodía.

La reconstrucción del proceso colonial en el sur de España es la tarea más importante que deberán realizar en el futuro los arqueólogos hispanos. La existencia de fuentes escritas ha enmascarado con frecuencia el problema, presentándolo como una simple cuestión de crítica histórica. Quizás a ello sea debido el hecho verdaderamente lamentable de que se haya prestado escasa atención a las fuentes arqueológicas, hasta el punto de que casi nada se ha hecho hasta el presente que tienda a valorarlas. Las fuentes literarias nos hablan de Tartessos, es decir, nos presentan en definitiva el resultado, la consecuencia, de la acción colonial; callan, sin embargo, las etapas de su proceso.

Nos presentan las fuentes una colonización dual. El de un mundo fenicio y otro griego, diferenciados al estilo tardío. Los escasos datos arqueológicos muestran un mundo colonial revuelto, mezclado, de imposible separación y de unas fechas más bajas que las fuentes literarias. Pero, ¿existe en realidad tal contradicción? Parece evidente que ni la colonización fenicia ni la griega pueden considerarse como empresas nacionales al estilo del proceso focense o cartaginés tardíos. La comparación con lo que sucede en Sicilia bastaría para demostrarlo. Las consecuencias de la colonización son estrictamente paralelas a lo que sucede en otras zonas mediterráneas, y como en ellas, aparece en Andalucía con todo su esplendor la vida plenamente urbana.

Ciertamente el mediodía peninsular se hallaba preparado para el desarrollo urbano desde principios del segundo milenio, pero ello sólo no basta para explicar Tartessos; es preciso tener en cuenta que el valle del Guadalquivir tiene unas posibilidades económicas que en ningún otro punto del Mediterráneo aparecen con tal amplitud, puesto que superan cuantos territorios se ofrecieran a púnicos y griegos. Riqueza minera, posibilidades agrícolas y tradición semiurbana, son la base del desarrollo del imperialismo tartésico.

El primer problema que plantea el mundo tartésico es el de su propia naturaleza. En los últimos tiempos se observa en la bibliografía española, cierta tendencia a valorar el foco tartésico como una nueva colonización, distinta de la fenicia y de la griega. Se habla de los tirsenos, etruscos... y el tema merece cierta atención.

Los argumentos en pro de una colonización tirsena son por el momento derivados del propio nombre de Tartessos y de ciertos elementos que se rastrean en los alfabetos utilizados en el sur. Aun en el caso de admitir por firmes los elementos señalados, ello es insuficiente para sostener que se trate de una colonización, a lo sumo podría admitirse como un elemento más en el cúmulo de los estímulos mediterráneos que actuaron sobre el foco andaluz.

Si al contrario nos fijamos en el mundo tartésico tal como nos lo exponen las fuentes literarias, resalta poderosamente la idea de que se trata de una estricta continuidad de un mundo indígena muy viejo en el país. En efecto la descripción de la monarquía tartésica representa exactamente el tipo de sociedad que reconstruiríamos ante las grandes construcciones megalíticas andaluzas del segundo milenio. Si, además, observamos su irradiación hacia Portugal y hacia el noroeste, vemos que se mantiene también un tipo de equilibrio económico paralelo al que hallábamos ya a mediados del segundo milenio, en una etapa para la que no es posible asignar un nombre concreto de pueblo histórico. La gran área atribuida al foco cultural tartésico es ya de por sí un fuerte argumento histórico contra la idea de una colonización extranjera, pues será preciso llegar a la etapa de los Barcas o a la misma conquista romana, para obtener un proceso de acción territorial análogo. Esta gran área tartésica inclina decididamente a pensar en un indigenismo básico, sin que alcance valor de argumento el hecho de que más tarde, cuando se citen tropas célticas al servicio de reyes o ciudades andaluzas, quieran interpretarse como una diferenciación étnica entre los cuadros de mando y la masa de población, pues se trata de un fenómeno típico y ampliamente documentable en sociedades monárquicas y oligárquicas del mundo antiguo. Interpretamos por consiguiente el mundo tartésico como el florecimiento de la población indígena ante la fuerte elevación del nivel de vida al que no serían ajenos, desde luego, los estímulos coloniales mediterráneos.

La acción colonial primaria se ejerce de modo exclusivo en el mediodía peninsular. De modo paralelo tiene lugar la gravitación de las poblaciones europeas sobre el Pirineo que darán el sello definitivo a una gran parte de nuestro territorio.

El elemento europeo. Las invasiones en el nordeste

El problema de las invasiones es sin duda el que ha motivado una mayor atención de los investigadores hispanos durante los últimos años. El gran aumento del caudal de datos arqueológicos disponibles por el constante descubrimiento y excavación de nuevos yacimientos en España y en el sur de Francia, y la trascendencia de las invasiones en el desarrollo de la cultura peninsular justifican ampliamente esa preferente atención. Por otra parte, la posibilidad de atender al problema desde el campo de las fuentes históricas y aun de la filología, ha contribuido a aumentar el número de trabajos.

Sin embargo, también en este campo la investigación, de modo inconsciente, ha sido víctima de determinado espejismo. La preocupación por obtener una filiación étnica clara de los grupos invasores, que se hallara de acorde con los elementos lingüísticos que se rastrean en la población prerromana, ha precedido muchas veces al análisis de los diversos grupos que aparecen en la Península. Por otra parte, la valoración de una simple forma de enterramiento, no de un rito, que tendría más valor, ha extendido como denominador común el calificativo de "campos de urnas" a la totalidad de los grupos peninsulares, lo cual, aparte de no ser exacto, tiene el inconveniente de dirigir con preferencia nuestra atención hacia los verdaderos *urnenfelder*, con exclusión de otros núcleos más próximos a nosotros.

El peso de la investigación lingüística ha quedado también reflejado en la preocupación de establecer el número de oleadas o invasiones europeas ejercidas a través del Pirineo, invirtiendo los términos lógicos de la investigación del problema. El número de invasiones, a nuestro juicio, es un dato secundario que no deja de tener interés, pero al que debemos llegar sólo después de fijar los distintos grupos culturales peninsulares, sus áreas y sus posibles superposiciones. Por ello, aunque menos ambiciosa, es más firme la reconstrucción de los grupos culturales del primer milenio como premisa al intento de fijar sus características étnicas y aun lingüísticas.

El grupo que parece más antiguo y compacto de invasores es sin duda el representado por las necrópolis de verdaderos *urnenfelder* en Cataluña, teniendo en cuenta además que se hallan con características análogas en el Rosellón, formando ambos territorios, por lo que respecta a este momento, una estricta unidad cultural que refleja la realidad geográfica uniforme de ambos.

Desgraciadamente no se conoce ningún poblado perteneciente al momento inicial del asentamiento de estos pueblos. Sus necrópolis,

con toda regularidad, se hallan en las tierras bajas y en los valles de fácil cultivo. Las necrópolis son uniformes de incineración que aparece sólo ahora por vez primera bien documentada en la Península. Las cenizas de las cremaciones se depositan en típicas urnas bicónicas o con cuellos cilíndricos, lisas o decoradas con los característicos surcos acanalados y recubiertas con tapadera de cerámica o simple loseta. Pequeñas vasijas acompañan a veces la urna principal o se hallan en su interior. Ningún elemento externo señala los emplazamientos, por cuya causa su hallazgo es meramente casual y a ello se debe, creemos, el que no se conozcan sus poblados, puesto que mientras en la investigación de un poblado se plantea inmediatamente el de la localización de sus necrópolis, al descubrirse una de éstas, la abundancia de materiales que proporciona agota todo el tiempo disponible en las cortas campañas de excavaciones habituales.

La tipología de la cerámica de estas necrópolis refleja sin duda la clasificada como característica de la etapa del Hallstatt A-B centro europeo. Su fecha real de introducción en la Península queda incierta, pues no se pueden alcanzar datos de cronología absoluta y no es convincente el argumento tantas veces esgrimido de la perduración de formas culturales en España puesto que en todo caso no supone prueba para la época de su introducción primera. Este problema sólo podrá ser aclarado cuando localizado uno de los poblados al que pertenezca una necrópolis conocida, permita apreciar la duración del establecimiento y fijar en consecuencia la pervivencia o no de los tipos.

La geografía actual de los hallazgos habla en favor de una economía agrícola y ello, a nuestro entender, explica el firme arraigo de esta población en el nordeste peninsular y su total fusión con el elemento indígena. Creemos muy posible que con esta población apareciera en el país la primera agricultura de arado y la introducción de ciertas razas de ganado y nuevas especies de cereales.

Quizá algo más tarde, el nordeste peninsular sufre una nueva invasión con la llegada de un pueblo claramente conectado con la población del sudoeste de Suiza, relacionada íntimamente con el norte de Italia, pueblo con una economía diferenciada claramente pastoril y subsidiariamente agrícola. Esta población no sólo ocupa el área de los antiguos *urnenfelder*, sino que rebasándola se extiende por la orilla derecha del Ebro sin que por el momento puedan precisarse límites. Estas poblaciones introducen en España la metalurgia del hierro.

En realidad no sabemos si esta dualidad de economías representa dos estratos superpuestos étnicamente distintos o se trata simple-

mente de una diferenciación ecológica impuesta por la geografía, pero nos inclinamos a pensar que, en efecto, se trata de una superposición, pues, aparte de aparecer ahora una forma económica nueva que supone una especial estructura social, como es la minería del hierro, las cerámicas son distintas y acusan formas evolucionadas, aunque ciertamente arrancan también de prototipos antiguos, de perfiles del Hallstatt B, principalmente.

De este segundo grupo conocemos también sus necrópolis, que en lo esencial reproducen la estructura de las del primer grupo, con un notorio enriquecimiento de los ajuares funerarios y multiplicación del número de urnas o vasijas en cada tumba. Es interesante retener que la cultura material reflejada en estas necrópolis es la que aparece en los estratos más profundos, aunque tardíos, de los *oppida* del nordeste, que continuaron con vida floreciente hasta la romanización. Ello permitirá mejor ciertas precisiones sobre estos pueblos que en definitiva son los que en la zona catalana recibieron el impacto colonial griego en el siglo VI a. de J. C.

Las invasiones por el Pirineo occidental.

En la zona occidental pirenaica, tanto en la Aquitania como en el territorio vasco estricto, nada conocemos comparable a la invasión de los campos de urnas del Pirineo oriental. Al parecer la cultura pastoril, tradicional en el país durante todo el segundo milenio, pervive sin grandes cambios hasta la aparición de los invasores europeos, aunque se señalan algunas aportaciones materiales de las culturas del Bronce medio del occidente francés. La invasión inicialmente parece responder a un movimiento similar a la segunda oleada señalada en el nordeste. Por la depresión vasca los invasores alcanzan la cuenca de Pamplona y por caminos varios (llanada alavesa, camino de Valtierra-Tudela, etc.), llegan al Ebro. No hay datos para fijar el momento inicial de la invasión, pero seguramente es muy antigua y repetida en varias ocasiones. De las excavaciones de Cortes de Navarra se infiere que en el siglo VI estas poblaciones llevaban varios siglos de permanencia en el país.

Entre estas poblaciones se hallan vivas tradiciones diversas, visibles no sólo en los ritos funerarios, pues aunque son todas ellas de incineradores, utilizan el tipo de campos de urnas o de túmulos indistintamente, sino en tradiciones concretas de técnicas (cerámica y decoraciones: lisas, acanaladas, incisas, excisas, grafitadas y pintadas). La tipología de las cerámicas nos lleva a las formas características del Hallstatt B, sin que se observen influencias del poste-

rior Hallstatt C europeo, evolucionando en nuestros territorios de modo independiente del centro de Europa.

Esta población desarrolla una cultura característica en la cuenca del Ebro, que por primera vez pone en valor el desarrollo de una extensa agricultura cerealista, apoyada por una rica y variada ganadería. La riqueza del país, que motivó una rápida elevación del nivel de vida y el aumento de los núcleos de población, fué a su vez un factor importante de diferenciación entre ellos, con desarrollos a veces divergentes, en los varios poblados conocidos, que parecen responder a tradiciones individuales de grupo dentro de una gran unidad. Por ello, cada uno de los poblados de la cuenca del Ebro medio, adquiere en su cultura material un matiz propio (Olárizu, La Hoya, Redal, Cortes, Roquizal, etc.) Es difícil fijar el verdadero desarrollo de estos poblados con anterioridad al siglo VI, aunque el comienzo de todos ellos es realmente muy anterior; las necrópolis excavadas, por el contrario, son posteriores (a partir de fines del VI, V y siguientes).

El problema de la relación de estas gentes con los indígenas.

Uno de los problemas que se mantienen más oscuros es el de aquilatar la relación de estos grupos europeos con el elemento indígena. Por lo que hace referencia a esta primera área señalada, el hecho viene complicado con el problema étnico y lingüístico de los vascos. Conviene, pues, precisar el problema en sus verdaderos límites y llevarlo a un momento antiguo, que para dar una fecha podemos fijar el siglo VI a. de J. C.

En el momento de iniciarse las invasiones, sea cual sea, aunque hemos dicho ya que las creemos muy antiguas (probablemente antes del s. VIII), la población en los valles pirenaicos era relativamente numerosa. Admitimos que se trata de una población uniforme que ocupa en algunas zonas, y singularmente en la alavesa, hasta la línea del Ebro, por lo menos (aunque por razones climáticas la cuenca media del Ebro poseería una densidad débil).

Es preciso suponer que en parte estas poblaciones fueron afectadas por las invasiones. Pero, ¿en qué medida? No podemos calcular la *intensidad* de la aportación, ni en lo antropológico, ni en lo lingüístico (aceptando la idea muy posible, pero no probada, de que estas poblaciones hablaran ya vascuence), pero sí podemos valorar el aspecto arqueológico y económico de la cuestión.

La introducción del arado, la tracción animal, la rueda y la gran agricultura, que se desarrolla a partir de ese momento en la región, son aspectos bien claros de la aportación europea. Desde el punto de

vista arqueológico desaparece el ritual de la inhumación, sustituido por la incineración; la cerámica acusará perfiles francamente europeos, aunque desde el punto de vista técnico no suponga grandes avances; la sustitución del utillaje en piedra por el bronce, sus tipos y, finalmente, la metalurgia del hierro, son claros procesos adoptados de los invasores. El problema se plantea cuando se descende a los detalles o se pregunta uno cuál es el resultado o trascendencia del contacto. En este caso ¿el asentamiento entre indígenas de una población europea trae consigo una asimilación hasta el punto de hacerse irreconocible todo rasgo anterior, o, por el contrario, tiene lugar una absorción del elemento nuevo o simplemente una fusión en la que domine el elemento humano nativo con la asimilación de los avances técnicos y bases económicas nuevas?

No existen pruebas suficientes para decidirse definitivamente en este problema, pero sí indicios circunstanciales que hablan en favor de la última sugerencia, es decir, que la población básica, en contacto con las gentes europeas, elevó inmediatamente su nivel de vida y, pese a los indudables mestizajes a que daría lugar el contacto, en particular en las zonas bajas, la población indígena, en su antropología y probablemente en muchos aspectos de su vida espiritual, permanecería intacta. Sólo aceptándolo así podremos formular una explicación, aunque hipotética, del fenómeno vasco en los siglos inmediatamente prerromanos.

La expansión de los pueblos europeos desde la línea del Ebro.

Uno de los hechos más sobresalientes de los pueblos invasores en la Península es que mantuvieron vivo hasta bien entrada la etapa de romanización una mentalidad de migración. La misma inquietud que les llevó a cruzar el Pirineo regula su expansión ulterior, que no debe ser juzgada hasta una época muy tardía como una expansión de tipo político, sino de multiplicación de grupos y hasta cierto punto de nomadismo. A veces incluso es lícito pensar que sólo son pequeños grupos de un núcleo más fuerte, los que se desarraigan e inician sus banderías hasta fijarse voluntariamente por mero cansancio o ser fijados por determinadas circunstancias (choque con grupos distintos más fuertes, resistencia indígena, etc.) Durante el siglo II las fuentes históricas documentan muchas veces hechos de esta índole que permiten afirmar que este tipo de movimientos era, hasta cierto punto, endémico entre las poblaciones indoeuropeas peninsulares. Vemos, en efecto, que desde la línea del Ebro se inicia la expansión por un lado, siguiendo el curso del río hasta su cuenca inferior, por otro, penetrando en la meseta por los caminos naturales (Pancorvo, puertas sorianas, valle del Jalón, etc.) Sus líneas de ex-

pansión parecen fijadas por los sistemas orográficos, que terminan por dirigir hacia el oeste y sudoeste dichas poblaciones.

Es preciso recordar que la degradación climática suboreal había retraído durante la Edad del Bronce la población de la meseta hacia las zonas atlánticas, y que el desarrollo de la minería del oro y del estaño había creado en estos territorios comunidades muy densas. Por idénticas razones climáticas las serranías centrales continuaron habitadas, y ello explica que sean precisamente éstas la meta de los primeros invasores de la meseta, pues ofrecían el terreno ideal para el desarrollo de su economía básicamente ganadera.

En las sierras, parte de la población residual, arraigada a tradiciones arcaicas, vivía en cuevas, pero existían ya poblados (de cuya estructura nada sabemos), y a ellos responden los repetidos hallazgos de materiales arqueológicos de la Edad del Bronce en las excavaciones de los castros tardíos del Hierro. Y así, la cerámica, por ejemplo, se nutre de la técnica y temática decorativa de la época del vaso campaniforme tardío. La expansión indoeuropea se iniciaría con el dominio de estos poblados pequeños, núcleos indígenas que rápidamente transformaron en bases fortificadas. Aunque para sus primeras etapas es imposible conocer las fases de desarrollo, puede afirmarse que en el siglo VI habían alcanzado ya el sudoeste peninsular.

Grupos antiguos en la Meseta.

En la submeseta inferior parece poder perfilarse pronto dos interesantes grupos. Uno en la zona occidental (entre Tajo y Guadiana) conocido exclusivamente por las famosas losas sepulcrales extremeñas, con representación de guerreros y armas, y otro grupo más oriental, señalado por la presencia de numerosos poblados situados en los tesos de los alrededores de Madrid, muy mal conocidos a pesar de su extraordinario interés.

El grupo occidental está constituido por una serie uniforme de hallazgos, de ninguno de los cuales se tiene desgraciadamente las mínimas referencias deseables. Entre Tajo y Guadiana vemos las célebres estelas, al parecer procedentes de sepulturas de inhumación. El territorio, así delimitado, es muy concreto, pero las representaciones de espadas en estas losas pueden, hasta cierto punto, ponerse en relación con los hallazgos de espadas de bronce con empuñaduras caladas, y en este caso es preciso ampliar mucho el área señalada, que abarcaría todas las dos mesetas occidentales, desde los montes de León al Guadiana, con gran penetración por la zona portuguesa central, hecho de gran interés para explicar la formación

posterior de los lusitanos. Debe destacarse, sin embargo, que la identificación del pueblo de las espadas de bronce con el que labró las losas extremeñas, aunque posible, no está probado. Es posible, en efecto, que la estrecha localización de las estelas extremeñas sea un mero factor de tradición individual de un pequeño sector. También es posible que la ocupación por ese pueblo de grandes extensiones en los que las pizarras aparecen recubiertas por el granito, imposibilitara el uso de las lajas. Toda opinión, por el momento, es gratuita, puesto que los materiales conocidos no permiten precisión alguna.

El grupo de la meseta oriental es conocido exclusivamente por ricos hallazgos cerámicos realizados en varios lugares de los alrededores de Madrid y terrazas del Manzanares. A pesar de la situación ideal de estos yacimientos, su investigación apenas ha sido iniciada. Se conocen numerosas vasijas en las que aparecen decoraciones incisas, excisas, etc., que por una parte hablan claramente de la continuidad de una tradición indígena y, al mismo tiempo, reflejan influencia de las técnicas decorativas propias de la cultura occidental de los túmulos de la Edad del Bronce final. El alcance e importancia de este grupo no puede precisarse, puesto que las escasas excavaciones efectuadas permanecen inéditas y la exclusiva valoración tipológica de los materiales es engañosa; sin embargo, creemos que este grupo tiene gran interés para explicar en definitiva la indoeuropeización de los territorios de la meseta sudoriental. Es interesante notar que estos poblados madrileños se desarrollan en las mismas áreas que fueron poblados durante la primera Edad del Bronce. No sabemos si se trata ahora de superposición de unas gentes distintas o simplemente una "matización" al compás de influencias forasteras. La excavación metódica de uno de estos poblados podría aclarar algunas de esas cuestiones, que por el momento sólo es posible plantear.

Queda como hecho fundamental que en el siglo VI las gentes europeas se habían instalado en toda la meseta y occidente atlántico, con profundas penetraciones hacia el sur y sudeste, incluido el valle del Guadalquivir (Carmona), y el S. E. La penetración hacia el sudeste se desprende de la presencia de incineraciones en urnas de Herrerías, que a nuestro juicio *no deben ponerse en relación, como suele hacerse, con la invasión de los urnenfelder catalanes, sino con una proyección desde la meseta*. Prueba de ello, aparte de los perfiles de las urnas publicadas, vemos en una de las más conocidas una decoración de triángulos con aspas, característica de Cortes de Navarra, donde aparece incluso pintada en las paredes de las casas de uno de los poblados, y fuera de la Península tiene sus claras ma-

nifestaciones en los países centroeuropeos. Por su parte, de estas urnas, estas decoraciones singulares pasarán a la temática púnica y las veremos desarrolladas sobre los huecos de avestruz funerarios cartagineses. En el rincón del noroeste no tenemos elementos análogos para creer en una indoeuropeización temprana. La gran densidad humana del territorio y la riqueza en oro y estaño, retrasan sin duda la incorporación del territorio a la nueva economía del hierro.

El impacto colonial en el Sudeste y Levante y la formación de la cultura ibérica.

Es difícil diferenciar ambos territorios en lo referente a lo que podemos designar como impacto colonial primario. De modo lógico, en el sudeste será inicialmente más antiguo.

A pesar de que las fuentes escritas dan preferencia y casi exclusión al elemento púnico, consideramos que a la luz de los datos arqueológicos no debe menospreciarse el elemento griego desde una alta antigüedad. Las fuentes, en realidad, se hacen eco de un estado de cosas posterior, cuando la concurrencia griega ha sido ya casi eliminada.

La acción colonial, hasta mediados del siglo VI, es probablemente indiferenciada, desde el punto de vista étnico. Solo cuando el elemento focense, con su sentido político de la acción colonial, hace su aparición en el mediterráneo occidental y pone en peligro el equilibrio que existía desde el siglo VIII, se perfilan antagonismos y rivalidades que se polarizan alrededor de la dualidad lingüística y en menor escala étnica.

La aparición del poderío de Cartago no tiene razón de ser como simple sustitución de la lejana metrópolis arruinada, sino que es una respuesta concreta del elemento semita occidental, ante el peligro griego, estimulado por los focenses. A partir de ahora se señalan de un modo claro ambas esferas de acción: la púnica en el mediodía, griega en el levante. Pero el estímulo griego, más asequible a los pueblos mediterráneos, había penetrado ya para constituir el fermento que provoca la capacidad creadora ibera, que dará nacimiento a su originalísima cultura desde mediados del siglo VI. El nacimiento de la cultura ibérica es muy semejante, aunque posterior al de la cultura etrusca. La ascensión del poderío cartaginés no puede impedir ya este maravilloso desarrollo indígena, aunque conseguirá arruinarlo en el siglo III, con la política de los Barcas.

El mundo púnico de occidente, aislado por las circunstancias de sus fuentes originales, elabora su cultura de acuerdo con sus tradiciones, pero no puede librarse de una profunda influencia directa

del helenismo siciliano e indirecta del mundo etrusco. Cartago se convierte paradójicamente en transmisor de helenismo hacia el mundo ibérico, manteniendo y renovando antiguos estímulos, principalmente en el sur y en el sudeste.

En la zona de influencia griega, al norte y al sur del Pirineo, el estímulo es vivo y activo. Todas las vicisitudes de la historia griega se reflejan en su acción comercial de occidente. Así, por ejemplo, la substitución de la pluralidad de centros productores por el monopolio corintio y luego ático, se atestiguan por los hallazgos arqueológicos. La momentánea crisis ática, ante el peligro persa, se acusa por la disminución de las cerámicas de figuras negras a comienzos del siglo V, entre sus clientes occidentales. El optimismo ateniense, después de la victoria, inundará de cerámicas de figuras rojas los mercados de occidente, etc.

Así, el estímulo griego, bien directo o a través del mundo púnico, es el factor decisivo de la formación de la cultura ibérica, que aparece en el siglo VI, para ofrecernos sus mejores realizaciones en los siglos V y IV y perecer arruinada en el III. Es una cultura mediterránea, que desarrollándose paralelamente a los grandes siglos del clasicismo griego, mantiene el espíritu del arcaísmo, que le dió su primer impulso.

Los argumentos estilísticos en pro de fechas tardías, de tal o cual pieza ibérica o estilo cerámico, aunque fueran irrefutables, nada probarían contra el desarrollo histórico de la cultura ibérica en los siglos anteriores al imperialismo territorial cartaginés, simbolizado por la política de los Barcas, pues los argumentos arqueológicos objetivos que se desprenden de los análisis estratigráficos de los yacimientos van siendo concluyentes y confirman lo que de modo lógico se desprendía del panorama histórico del occidente. Los siglos de contacto de mercenarios iberos, con el mundo siciliano, son sin duda los grandes siglos de la cultura ibérica, que naturalmente, no muere bajo el dominio cartaginés, pero que languidece y no se renueva.

La cultura posthallstática y la formación del mundo celtibérico.

Las poblaciones indoeuropeas de la primera Edad del Hierro, cuyas raíces, como se ha indicado, deben buscarse en los núcleos del Hallstatt A-B, no reciben influencia del Hallstatt C europeo, sino que continúan en el occidente con el desarrollo de su patrimonio original, enriquecidas por la puesta en valor de los nuevos territorios.

Este desarrollo local en el occidente es conocido con el nombre

de cultura posthallstática por P. Bosch Gimpera, nombre muy discutido, pero por el momento insustituible y con notorias ventajas sobre todos los que sucesivamente se han propuesto. Esta cultura, que no es sino una simple evolución de la cultura de la primera Edad de Hierro del propio territorio, es paralela a la aparición de la cultura de la Tène y nada desdice de ella en vitalidad y fuerza expansiva. Quizás en su momento inicial es menos uniforme, porque se desarrolla en un área vastísima, pues se observa una evolución paralela desde el Garona al Duero.

Dentro de esta gran área posthallstática pronto adquiere una mayor personalidad el territorio que constituirá el marco histórico de los pueblos celtibéricos, cuya cultura en último término es la evolución de la cultura posthallstática, propiamente dicha.

La estructura de las sociedades celtibéricas y su fuerza expansiva, que les pone en contacto con las poblaciones levantinas y meridionales, es el factor decisivo de la formación de su cultura concreta, que habrá de alcanzar su más alto grado en la propia Numancia, por desgracia arqueológicamente tan poco conocida.

A consecuencia de su expansión, las sociedades celtíberas reciben a su vez los estímulos de los pueblos coloniales reelaborados por los pueblos meridionales e ibéricos, y es la cultura ibérica la que influye de modo decisivo en las técnicas cuya industrialización provoca (cerámica, metalurgia, etc.), pero dejando intacta su sensibilidad, que se plasma, por ejemplo, en el maravilloso arte pictórico numantino.

Las culturas de la meseta centro occidental.

En la meseta entre las poblaciones indoeuropeas se perfilará pronto una diferenciación ecológica, ocasionada por las posibilidades económicas de las distintas zonas. En el área montañosa del sistema central se origina una cultura singular propia de pueblos ganaderos, denominada cultura de Las Cogotas, que cubre gran parte de las actuales provincias de Segovia, Avila, Madrid, parte de Toledo, Cáceres y Salamanca. Se trata de una cultura que tiende a uniformarse y que se descubre sobre todo por la existencia de una escultura zoomorfa característica (toros y verracos) muy uniforme, cuyo verdadero origen no queda bien claro.

Primero el área oriental de esta cultura y luego todo su contorno septentrional, sufre una fuerte influencia de la cultura celtibérica, propiamente dicha, que se acentuará a partir del momento que los grupos celtibéricos se reactivan frente a la presencia romana. A pesar de ello el territorio conservará durante largo tiempo una

fuerte personalidad, que se acusa incluso en la etapa romana, en la que este territorio constituyó una zona que llegó a considerarse como una verdadera provincia, la *Vettonia*.

La cultura de los castros, del noroeste peninsular.

En el cuadrante del noroeste peninsular las invasiones indoeuropeas no llegaron a borrar la fuerte personalidad de su población básica de la Edad del Bronce. Territorio muy poblado, por sus especiales condiciones climáticas, desde la etapa suboreal, sus poblaciones consiguen conservar una estructura política bien diferenciada de la que se impone entre los pueblos de la Meseta. Esta personalidad se mantiene poderosa a través de toda la Edad del Hierro y persiste en época romana, constituyendo la base de diferenciación que motivó la creación de la provincia *Galleciae*.

Ello plantea un problema etnológico nada fácil, a saber: la verdadera personalidad de los *galaicos*, pueblo cuyo celtismo es unánimemente reconocido. A nuestro entender, el nombre de galaicos, con que los romanos designaron a toda la población del noroeste, no es aplicable a la gran mayoría de sus comunidades prerromanas de la Edad de Hierro, cuyo celtismo es más que dudoso. Los galaicos constituían probablemente los grupos invasores procedentes de la Meseta, que en la época de las fuentes utilizadas por Strabón no habrían alcanzado aún las costas gallegas. Recuérdese que para este autor, el territorio comprendido desde la desembocadura del Tago hasta el promontorio de los Artabros, es propio de los lusitanos y que los galaicos se mencionan detrás de ellos (de la costa hacia el interior), junto con los vettones, vacceos y cántabros). La generalización y pervivencia de su nombre es debido a su resistencia frente a los romanos, que extenderían su nombre a todo el territorio. Esta mayor resistencia se explica precisamente por conservar vivo el espíritu de migración y conquista, es decir, por lo reciente de su presencia en el territorio y por el hecho de sorprenderles la acción romana en pleno momento de expansión, organización y dominio del elemento indígena.

El imperialismo cartaginés.

A mediados del siglo III, el protectorado económico cartaginés sobre los pueblos hispanos se transforma en un verdadero intento de imperialismo territorial. Que ello sea una consecuencia de la política siciliana es bien posible. En todo caso, parece evidente que la nueva postura cartaginesa fué acogida con recelo y hostilidad por las poblaciones hispanas, incluso las del mediodía, donde la influen-

cia cartaginesa era tradicional. Las sangrientas revueltas de Indortes e Istolatio, son un símbolo claro de la reacción indígena. Concretamente, en el sudeste el desastre final de la campaña de Amílcar, muestra bien a las claras que nos hallamos ante una política de conquista, de cuya dureza es buena prueba. .

Las comunidades ibéricas, ricas, pero políticamente débiles, fueron dominadas y su consecuencia inmediata fué la degradación de la cultura ibérica, bajo el marco exótico impuesto.

La acción cartaginesa no se limitó a la esfera ibérica propiamente dicha, sino que tuvo de enfrentarse con la expansión del mundo celtibérico, que bajo la atracción de los focos culturales del mediodía y levante empezaba a desbordar el marco de la Meseta. Cartago frena su expansión, unas veces con acciones directas, como la expedición de Aníbal a *Salmantica* y *Arbocaba*; otras, con la política de sus delegados y generales durante la segunda guerra púnica. Esta acción cartaginesa en la Meseta tiene una hondísima influencia, ya que estimula la concentración del poder en el seno de sus comunidades, preparando el terreno a la acción contra los romanos, con que estos pueblos entran de lleno en el marco de la historia escrita.